

La esperanza de Gadamer

Jean Grondin

Resumen

La afirmación de Gadamer de que lo único que no hay que olvidar es que el hombre no puede vivir sin esperanza suscita perplejidad. Sin embargo, la esperanza es la condición fundamental de nuestra capacidad de comprender por su carácter referencial. La esperanza se nutre de una verdad no objetivable que amplía horizontes.

Abstract

Gadamer's stress on the idea that man cannot live without hope elicits perplexity. Given its referential nature, hope is, however, the fundamental condition of human understanding. Hope nourishes itself on a truth that is not subject to objectification but broadens horizons.

«Uno de los motivos que me han dado especialmente que pensar es el hecho de que la juventud actual está creciendo con poca confianza, sin optimismo, sin un potencial ilimitado de esperanza»

(Hans-Georg GADAMER, *Hermeneutische Entwürfe*, Tübingen, Mohr Siebeck, 2000, 26)

Al final de su vida Hans-Georg Gadamer se había convertido en una especie de estrella mediática. Quizá muy contra su voluntad, pero lo cierto es que disfrutó de esa gloria que da la edad, tras haber permanecido durante toda su vida a la sombra de su admirado maestro Martin Heidegger. Llegó a conceder a los más variados medios y revistas –incluidos *Bild-Zeitung* y la revista ilustrada *Der Stern*– incontables entrevistas en que se le preguntaba por lo divino y lo humano, desde Harry Potter hasta el 11 de Septiembre y el buen Dios¹. No rara vez, esto llenó de preocupación a las personas de su entor-

¹ Cfr. *Stern*, 13/2002, 21.3.2002, pp. 244-246: «Pocas semanas antes de su muerte habló Hans-Georg Gadamer con una escolar de 9 años sobre la fantasía, Harry Potter, el sentido de la vida y el más allá».

no, porque los periodistas ávidos de *sound-bites* le sonsacaban de vez en cuando a Gadamer declaraciones no del todo afortunadas. Pero su cordialidad, típica de un abuelo, contribuyó no poco al aura singular que lo envolvió.

Sería fácil minimizar la importancia de estas entrevistas. Sin embargo, a mi parecer, Gadamer, en estas entrevistas de los últimos años de su vida, dio cauce a buena parte de sus más íntimas convicciones filosóficas. Recuerdo lo mucho que se afanó estos últimos años por dar cuerpo a un proyecto de libro con el título *De la palabra al concepto*, pero le fallaba por completo la caligrafía. En cambio, en la conversación era el de siempre y se ofrecía alegre y encantado al desafío de las preguntas que se le plantearan. De sobra se sabe hasta qué punto la suya es una filosofía del diálogo. Quizá sea, pues, fácilmente explicable el intento de buscar esta filosofía en las conversaciones entabladas con él, por variados que fueran los intereses y la formación de sus interlocutores (lo que, por lo demás, es también una característica de los diálogos platónicos).

La filosofía tardía de Gadamer, en la formulación balbuciente que cobró en estas conversaciones, era sin duda una filosofía de la esperanza. En una entrevista que concedió con ocasión de su 102 cumpleaños, el 11 de febrero de 2002, pocas semanas antes de su fallecimiento, y que fue reproducida en casi todos los diarios y periódicos locales alemanes, confirmaba una intuición que se había convertido en un Leitmotiv de los últimos años de su vida: «La única frase que sin restricciones querría seguir defendiendo es que los hombres no pueden vivir sin esperanza». Se comprende que los diarios la destacaran como titular: «*Principio Esperanza. Hans-Georg Gadamer cumple 102 años*»². Para el sentir general –como para su propia autocomprensión– Gadamer se había convertido en el portavoz del «principio esperanza».

A primera vista, esto resulta más bien sorprendente. Porque bajo el título *Principio Esperanza*, quien más de inmediato viene a la mente es un autor como Ernst Bloch (que por lo demás fue en 1948-49 sucesor de Gadamer en Leipzig) o el teólogo de Tubinga Jürgen Moltmann. Pero, ¿le cuadra esto a Gadamer, al que Habermas tachó una vez de «conservadurismo» retrógrado? Más: ¿por qué era ésta «la única frase» que Gadamer quería seguir (!) defendiendo sin restric-

² Me estoy refiriendo aquí a un titular que apareció en el periódico *Aache-ner allgemeinen Zeitung* del 11 de febrero de 2002. Cfr. «Los hombres no pueden vivir sin esperanza», en *Rhein-Neckar-Zeitung*, del 11 de febrero de 2002.

ciones? A uno se le ocurrirían otras frases más representativas de Gadamer, por ejemplo: «el ser que puede ser comprendido es lenguaje» (GW 1,478, que es la “conclusión” de *Verdad y Método*), «A decir verdad, no nos pertenece la historia a nosotros, somos nosotros los que le pertenecemos» (GW 1, 281, que es la tesis principal de la segunda parte de su obra capital); «El fenómeno hermenéutico originario es que no puede haber ninguna afirmación que no se pueda entender como respuesta a una pregunta» (GW 2,226); o, como más tarde se formuló a menudo: «El alma de la hermenéutica consiste en que el otro puede tener razón»³. Pero a ningún lector de *Verdad y Método*, o de las *Obras Completas*, se le ocurriría pensar que la máxima singularmente destacada es «que los hombres no pueden vivir sin esperanza». En la obra capital de Gadamer, del año 1960, no se hace mención alguna de la esperanza. Todo lo contrario: la obra pareció insistir mucho más en la determinación de la conciencia por el pasado y la historia. No en último término, Gadamer quería marcar en ella una diferencia respecto a su maestro, cuyo punto de partida parecía estribar mucho más en la futuridad del Dasein o en un «nuevo comienzo»⁴.

Además, Gadamer ha hablado raras veces de la esperanza en un sentido estrictamente «religioso», tal como se conoce, por ejemplo, en la tradición cristiana, donde según la primera carta a los Corintios (13,15) la esperanza es una de las tres grandes «virtudes teologales» (*virtutes theologicae*), junto al amor y la fe⁵. Hasta donde yo alcanzo, este horizonte religioso-cristiano le era más bien ajeno a Gadamer.

Él tomó más bien su inspiración más importante del *Prometeo* del trágico griego Esquilo. Como es sabido, en la mitología griega Prometeo pasa por ser el que dispensó a los hombres el fuego y las artes, los grandes medios de su autoliberación. Sin embargo, según Es-

³ Cfr. *Über die Verborgenheit der Gesundheit*, Frankfurt del Meno, Suhrkamp, 1993, 109, etc.

⁴ Cfr. la respuesta de Gadamer a K.-O. Apel en *The Philosophy of Hans-Georg Gadamer*, The Library of Living Philosophers, vol. XXI, edited by L.E. Hahn, La Salle Ill.: Open Court Publ., 1997, que se puede leer también como respuesta a Heidegger: «Apel describes what disturbs him in my thought, namely, the 'strange primacy of the past over the future'. This, however, must astonish me. The future which we do not know is supposed to take primacy over the past? Is it not the past which has stamped us permanently through its effective history? If we seek to illuminate this history we may be able to make ourselves conscious of and overcome some of the prejudices which have determined us

⁵ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, qu. 17: *De spe*.

quilo, tal como lo leía Gadamer, Prometeo había proporcionado a los hombres algo más esencial: les había quitado el conocimiento de la hora de su muerte. Antes de que Prometeo los liberara, expone Esquilo, los hombres llevaban una existencia desdichada a manera de larvas que vivían sepultadas en cavernas y aguardaban su suerte inevitable. No tenían la más mínima esperanza. Cuando vino Prometeo se extinguió este conocimiento sobre la hora de su muerte. Gracias a ello, los hombres empezaron a salir de sus cavernas, a construir casas y calles, a fundar ciudades y a cultivar las artes y las ciencias. Porque ahora tenían esperanza y futuro. En griego a esta esperanza se la llama (*elpís*). No significa una esperanza en un más allá⁶, sino simplemente el coraje, el optimismo vital, la confianza en la vida, que nos depara la posibilidad de emprender cosas y realizar proyectos. Nos proyectamos en el futuro porque somos seres que viven de esperanza. Pero esta esperanza presupone, como podemos saber por Esquilo, cierto olvido de la fatalidad. ¿No tiene que olvidar el hombre su mortalidad para poder vivir? En este aspecto se distinguió también Gadamer de su maestro Heidegger, quien tendía a caracterizar la represión de la muerte como una forma de inautenticidad para contraponerle una decidida marcha a la muerte. Quizá esto le resultaba a Gadamer demasiado abstracto, demasiado rebuscado, incluso inhumano. El olvido le parecía mucho más esencial y natural.

Es esta «esperanza», la esperanza en dirección al futuro, el optimismo vital⁷, lo que Gadamer saludaba en Prometeo, porque veía en ella algo distinto de un fenómeno negativo de represión. Según él, es la condición fundamental de la *conditio humana* y de nuestras

⁶ Este es el caso del *Fedón* (114c) de Platón, donde Sócrates dibuja la perspectiva de un más allá como una *elpis megále*, su gran esperanza. Que yo sepa, Gadamer nunca se remite directamente a este lugar, a pesar de haberse ocupado a menudo de este diálogo. Sobre esta cuestión, es decir, sobre la importancia de la esperanza para el sentido de la vida, cfr. mi ensayo *Du sens à la vie*, Montreal, 2003.

⁷ Una afirmación vital que Gadamer mismo irradiaba personalmente. Jacques Derrida la ha conocido muy bien. Cfr. su necrología, publicada en *Frankfurter allgemeine Zeitung* el 23 de marzo de 2002: «Desde 1981, año de nuestro primer encuentro (aunque yo era ya lector suyo y nunca he dejado de serlo, si bien con frecuencia malo y demasiado presuroso), siempre me dispensó todo lo que de él venía, una alegría que yo sentía que Gadamer me la comunicaba de forma totalmente personal. En cierto modo, a través de un contagio o una irradiación filosófica. Lo vi vivir, hablar, reír, correr, incluso cojear, comer y beber de muy buena gana. ¡Mucho más que yo! Le envidiaba su energía vital, que parecía invencible».

posibilidades de comprender, en la medida en que la comprensión –como también enseñó Heidegger– tiene carácter de proyecto. Sólo se comprende algo *en dirección hacia algo*, como, por ejemplo, se comprende lo particular en referencia a un todo, que nunca está dado de modo objetual y que, sin embargo, constituye el horizonte de toda comprensión. Es lo que sucede con el sentido a que aspira nuestra comprensión y nuestra vida. Se trata primariamente de un sentido de orientación, de una esperanza de sentido, sin la cual la vida humana es irrealizable⁸.

Si se examina más de cerca, se advierte que este sentido de esperanza quizá no es tan ajeno al espíritu de *Verdad y Método* como podría parecer a primera vista. La pretensión fundamental de la obra es dar a conocer una experiencia de la verdad que va más allá del ámbito que está bajo el control del método científico. La verdad de los métodos se ha de apreciar en alto grado, pero no es la única para un ser que espera y proyecta, que es justamente lo que somos nosotros. No toda verdad se deja demostrar, comprobar y medir. Existe también la verdad vital, de la que todos nos nutrimos y que quizá es más fundamental (cuánto más que la misma esperanza de una verdad científica se ha de apoyar en ella). Es esta verdad la que *Verdad y Método* quiso recordar de la mano del arte, de la historia y del lenguaje. Aquí se nos comunica una verdad, exponía Gadamer, que no tiene nada que ver con la medición, la verificación o la objetivación. Sobre ella nos informaba *Verdad y Método* que «va más allá de ámbito controlado por la metodología científica» y preguntaba: «¿Qué tipo de conocimiento y qué tipo de verdad son esos» (GW I,1).

Hoy, retrospectivamente, podemos decir que esta verdad es una verdad de la esperanza. Porque cabe aplicar por igual al arte, la historia y la lengua el que la experiencia de sentido testimoniada por ellos tiene algo que ver con la esperanza y la ampliación de horizontes. Toda obra de arte que ofrece una representación del mundo, es decir, que muestra el mundo tal como es en su esencia y, en virtud de ello, le otorga un incremento entitativo, es una especie de promesa, una *promesse de bonheur*: me abre un mundo (Paul Ricoeur)⁹ al que me puedo proyectar. ¿Quién podría objetivar científicamente esta experiencia? Es únicamente una pretensión que reclama una

⁸ Cfr. *Hermeneutische Entwürfe*, 218: «La esperanza es una estructura fundamental de nuestra conciencia vital, sin la cual apenas podríamos soportar las cargas de la vida».

⁹ Cfr. RICOEUR, Paul, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, París, Seuil, 2001, 367ss.

respuesta, que configura mi vida y la puede cambiar. Toda obra de arte, dice Gadamer con Rilke (¡sin olvidar el *Don Giovanni!*) me hace un requerimiento: ¡debes cambiar tu vida! Ese es el enigma, el milagro y la verdad del arte. Transforma en una figura duradera una esperanza vital, una experiencia del mundo digna de conservación y de consideración, que viene a ser una prenda de lo posible.

Esto es válido por de pronto de la historia, la gran memoria y maestra de la humanidad. Es la historia la que nos enseña, de un modo que ninguna ciencia metódica es capaz de demostrar, qué son los hombres, qué pueden realmente, y también qué no pueden. La historia del mundo, decía Hegel¹⁰, pone ante nuestros ojos el progreso en la conciencia de la libertad. Esta historia es también la de las esperanzas de la humanidad, de las irreversibles como de las destruidas. Con esta esperanza, la esperanza en el hombre y en su futuro, por inseguro que sea, estudiamos también la historia. ¿Qué es lo que impulsó a los hombres en aquellas circunstancias si no fue la esperanza, que inhabita todos nuestros proyectos de sentido?

Lo mismo cabe decir del lenguaje. De él decía Gadamer –mucho antes que Habermas, que en esto no pudo sino confirmar la intuición de Gadamer– que su propósito es el entendimiento. No es meramente un «instrumento» del pensamiento (una concepción que Gadamer se había esforzado en destruir), es el elemento originario de nuestras posibilidades de hacernos entender y de entendernos a nosotros mismos.

Esta esperanza es, naturalmente, quizá sólo una esperanza, pero sin ella no se da ningún lenguaje. Y esta esperanza es también la esperanza de que el mundo está presente en la palabra. Esta presencia del mundo en la palabra es tan originaria, tan primitiva, que es imposible analizar la lengua misma sin presuponerla. Ya de siempre, inmemorialmente, ha dimensionado el horizonte de lo inteligible. Toda fundamentación, toda comprensión, se apoya en ella, en la esperanza en ella¹¹. En el arte, en la historia y en la lengua se consti-

¹⁰ *Vorlesungen über die Geschichte der Philosophie*, Werke, Frankfurt, Suhrkamp, 1971, tomo 12, 32.

¹¹ Me resulta muy penoso en general (como también en el caso presente) remitir a mí mismo, pero la última proposición de mi primer libro sobre Gadamer hace más de 20 años (*Hermeneutische Wahrheit?* 1982; 2ª ed. Weinheim, Belz-Athäneum, 1991, p. 197) lo indicaba como de puntillas: «La verdad vive, por así decir, de la esperanza, es decir, en la presunción y la expectación de sí misma. La verdad hermenéutica, que no quiere ser la verdad total, se muestra como obligatoria y al propio tiempo como problemática, porque sabe de su problematismo y de la necesidad de su obligatoriedad».

tuyen todas nuestras posibilidades y oportunidades de comprensión, incluso las de la ciencia, en cuanto que no se la puede pensar sin retórica, historia y lenguaje.

Por tanto, no se da sólo la verdad metódica, que supuestamente sólo comprende en la medida en que algo se deja dominar y controlar. ¿Qué dominamos efectivamente? Muy poco, a la postre. Como explica Gadamer en la penúltima línea de su obra capital, los límites del «método» no son en absoluto los de la verdad y los de nuestra comprensión (GW 1,494). Existe también una verdad que se debe a la *Wirkungsgeschichte*, es decir, y a la letra, a la historia que influye en nosotros y a la esperanza alimentada por ella, sin la cual no podríamos vivir, aun cuando no la podamos fundar. Llegamos ya demasiado tarde a esta tarea. Por ello, insiste Gadamer, la historicidad no constituye en absoluto una condición restrictiva, sino una condición positiva para el conocimiento de la verdad (cfr. GW 2, 103). En esto consistió, según Gadamer, la enorme y admirable brecha que abrió la hermenéutica heideggeriana de la facticidad: en que la historicidad ya no, o no sólo, se debía considerar como un límite que hay que superar. Sólo puede sentirse como límite desde el observatorio de una verdad absoluta, que ya no tendría nada que ver con nuestra historicidad, ni con nuestras posibilidades lingüísticas. Tal verdad puede dejarse tranquilamente –como dice Diótima en *El Banquete*– a la divinidad. En esto es Gadamer muy hondamente platónico. La verdad no es sólo asunto de método y seguridad. Es también la verdad que nos sostiene, de la que desde siempre nos alimentamos, la verdad hermenéutica *par excellence*, la verdad de la esperanza.

Octubre de 2004

Traducción de Pablo Largo Domínguez